

Riesgos de vivir en crisis

Enrique González Duro

Ponencia presentada en las XIV Jornades de Salut Mental de Nou Barris, celebradas en otoño de 2014 y organizadas por la Associació de Famílies per a la Salut Mental de Nou Barris (Barcelona).

Resumen

En la modernidad tardía, llamada también posmodernidad, el avance de la ciencia no implica siempre el dominio de la naturaleza ni el progreso social. Ciertos comportamientos individuales se enfrentan a futuros inciertos. Coexistimos en un nuevo orden, obligados a escoger entre muchas opciones y ofertas para evitar la nada. Ello nos lleva a no percibir el peligro y a que cada sujeto deba elaborar su propia estrategia de vida. El aislamiento, las dificultades encontradas con los sentimientos hacia los demás, el frágil narcisismo y la depresión frecuente, suelen ser los resultados.

Palabras clave: riesgo, sociedad, narcisismo, caos familiar y subjetivo, estilo de vida, individualismo institucionalizado.

Abstract

Postmodern scientific progress has not resulted in a dominion over nature, neither in social progress: risk society prevails. Individuals lack traditional behavioral guidelines; they must live for the moment, facing an uncertain future. We coexist in a new world order, forced to choose on our own among multiple offers and options: fear arises from anything. Although danger signs may not be perceived, individuals must elaborate their own survival strategy. Self-isolation, difficulties when dealing with the feelings towards others, fragile narcissism, and frequent depression, are the overall result.

Keywords: risk, society, narcissism, the family and self-inflicted chaos, life style, institutionalized individualism

1. Sociedad del riesgo

En la llamada posmodernidad, modernidad tardía, segunda modernidad o modernidad líquida —que de estos modos se ha denominado la época en que se evidencia que el avance de la ciencia no implica siempre el dominio de la naturaleza ni el progreso social, como se creía antes— se ha implantado la «sociedad del riesgo» (Ulrich Beck, 1998), en la que vivir significa a menudo riesgo, incertidumbre. Los individuos carecen de claras pautas tradicionales de comportamiento, viven al día y perciben el futuro de un modo incierto. Consecuentemente, han de decidir por sí mismos el rumbo de sus vidas, y optan entre las múltiples ofertas que se les presentan, aunque a veces no puedan alcanzarlas ni asumirlas. Nos movemos en un orden postradicional en que la vida social se ha liberado de su vieja dependencia a los preceptos y usos antes establecidos, habiendo aparecido una reflexividad generalizada, que se refiere al hecho de que los acontecimientos vitales han de ser frecuentemente revisados, según nuevas informaciones, conocimientos, mensajes, sensaciones y ofertas que varían sin cesar. Esa reflexión alcanza al propio yo, que se convierte en un *proyecto reflejo*, por el que se han de tomar continuas decisiones por sí mismo, que determinan el modo y el estilo en el que se ha de vivir.

Pero tomar las *riendas de la propia vida* implica riesgo, pues el individuo ha de encarar en solitario múltiples posibilidades abiertas y sin que nadie le ofrezca ayuda ni orientación sobre lo que ha de escoger. Cada cual ha de construir

y narrar su propia identidad, sin modelos o guías enteramente viables (Giddens, 1997). Por otra parte, las fuentes de riqueza del mundo científico-natural están contaminadas por los efectos secundarios producidos industrialmente y por el imprevisible desencadenamiento de formas destructivas (radiaciones, cambios ecológicos, cambios climáticos, catástrofes naturales, etcétera). Se instituyen situaciones sociales de riesgo, que pueden permanecer latentes durante mucho tiempo y manifestarse tardíamente. La percepción de estos riesgos presupone un horizonte de seguridad perdida, de falta de confianza, de no fiabilidad de la ciencia. Puede existir un *destino de peligro*, del que no es posible escapar y que hace explicable la *ausencia de futuro* de mucha gente, su interesada indiferencia. Puede surgir miedo por todo, un miedo individualizante y disgregador. La amenaza se presenta no bien definida y no siempre es vivida con conciencia de peligro, sino todo lo contrario, porque el miedo es negado, trivializado. La posibilidad más o menos remota de un desastre puede ser tomada despreocupadamente, de un modo muy lejano. Y la gente elabora algunas estrategias de supervivencia, trata de prolongar su vida, cuida su salud y su cuerpo, olvidándose de la muerte. Trata de vivir al día, fijar su atención en el presente, buscar la felicidad de lo instantáneo, comprar, etcétera. Agobiado por una ansiedad no siempre silenciosa, por la depresión o el vacío interior, el individuo prefiere estar en paz consigo mismo, vivir con intensidad y liberarse de las trasnochadas ideas del deber o del amor romántico. El resultado de ello es el ensimismamiento, la capacidad o dificultad de sentir con los demás, el frágil narcisismo.

En términos clínicos, el narcisismo debe considerarse como una patología del cuerpo típica de la posmodernidad. Como *trastorno de la personalidad*, deriva del fracaso de la *confianza básica* durante la primera infancia: el niño no logra identificarse claramente con su principal cuidador, no distingue sus propios límites psíquicos, oscilando entre la omnipotencia, la desesperación o el vacío (Winnicott, 1978). Si eso persiste en la edad adulta se configura un tipo dependiente de *suministros narcisistas* de otros y con dificultad para adecuarse a los riesgos de la vida, a lo que habría contribuido la angustiada omnipresencia de unos padres denominados *tóxicos*, de los

que pretende desprenderse pero vigilándolos de cerca. De mayor, el hijo se hará egocéntrico, compulsivamente hedonista, consumidor voraz, falto de autoidentidad. El narcisista puede percibirse como permanentemente insatisfecho, incapaz de ser estimulado por alguien o por algo, sintiéndose que no importa a nadie, que está como muerto para el mundo. Para conjurarlo, desea vivir plenamente, disfrutando como sea, amando sin compromiso, haciendo deporte, viajando sin objetivo definido, oyendo música frenéticamente, bebiendo, drogándose, etcétera.

Las situaciones de amenaza son frecuentes, nuevas e imprevisibles, pero a menudo quedan ocultas o son percibidas como *inseguridades* sociales, familiares o biográficas, aunque transforman la estructura interna de la sociedad y las bases del *estilo de vida*. Hace decenios y sobre un trasfondo de nivel de vida relativamente alto, los seres humanos fueron siendo desprendidos de sus condiciones tradicionales de vida, de sus referencias familiares, de clase o de comunidad, y remitidos a sí mismos. Aumentaron las esperanzas de vida, se multiplicaron los trabajos, aumentaron los salarios, fue reduciéndose la jornada laboral. Las nuevas posibilidades materiales, y las mayores disponibilidades para el ocio coincidieron con las tentaciones del consumo, haciendo desaparecer las pautas tradicionalmente comunes y aparecer, simultáneamente, formas de vida individualizadas e insolidarias. Lo que llevaba a los seres humanos a constituirse como el centro de sus propios planes de vida: la individualización.

2. Individualización institucionalizada

En la modernidad tardía la *individualización* era un producto del desarrollo de mercado, manifestándose con la adquisición de series de calificaciones individuales, en relación con la educación, la movilidad social y la competencia. La extensión de la enseñanza obligatoria proporcionó a los individuos las credenciales o títulos necesarios para acceder a las oportunidades individualizadas del mercado de trabajo. Tan pronto como se entraba en ese mercado, la gente experimentaba una movilidad social bien diferente al modelo tradicional y era conducida a tomar las riendas de su propia vida, reconvertida ahora en *destino personal*.

Además, ahora la competencia le obligaba a la *individualización de los iguales*, lo que implicaba el aislamiento de los individuos dentro de los grupos sociales homogéneos. Y como consecuencia de la elevación del nivel de vida y del mayor tiempo de ocio, el individuo buscaba sobre todo la plenitud personal, precisaba siempre estar *en forma*, vivir continuamente *a tope*, renunciando o aplazando el matrimonio, lo que le llevaba al automodelamiento de la propia vida, incluso en contra de sus más arraigadas creencias: era la «cultura del yo» (Helena Béjar, 1996).

La vigente economía neoliberal y globalizada descansa sobre la imagen de un yo autárquico, autoinsuficiente. Presupone que el individuo puede él solo dominar la totalidad de su vida, obteniendo la capacidad de su propia interioridad: el manido y falso *yo emprendedor*. Su mayor deseo es vivir *la propia vida* y alcanzar el mayor éxito posible, rivalizando con los demás en actividad, ingeniosidad, creatividad, etcétera. Pero en la realidad la vida no es privativa de cada uno, sino más bien lo contrario: contradictoriamente es una vida estandarizada y estrechamente relacionada con la sociedad racionalizada. En lugar de las viejas tradiciones, aparecen directrices institucionales para organizar la vida de los individuos, induciéndolos a la autorregulación de los sentimientos, a la aceptación de las decisiones propias en la fabricación de las biografías personales. Dicha ideología chocaba fácilmente con la experiencia cotidiana en el trabajo, en la familia y en la comunidad local, donde el individuo era frecuentemente autoinsuficiente. Pero como superestructuralmente ha de ser autosuficiente, no debe esperar mucho de la solidaridad de los demás, ni tampoco de las instituciones. Es lo que Beck (2000) llamó el «individualismo institucionalizado», por el que el individuo, aun creyéndose libre, depende de lo institucionalmente establecido: las becas de estudios, los tipos impositivos, los seguros sociales, los subsidios, las pensiones, etcétera. No es raro que el individuo, sobre todo en tiempos de crisis económica, se sienta solo ante el peligro, diferente a la creciente *inseguridad ciudadana*. El que la competitividad sea el criterio indiscutible para distinguir entre acciones correctas y equivocadas contribuye al *miedo ambiente* que impregna la vida de mucha gente y genera un sentimiento difuso de inseguridad más o menos disfrazada.

En la sociedad individualizada, era creciente el sentimiento de inseguridad derivado del retraimiento social y de vivir en el medio exterior como algo desconocido; cada uno tiene que aprender a ser centro de acción, esforzarse en seguir adelante por sí mismo, ganar siempre y autoafirmarse día a día en competencia con los demás. La vida de cada persona se convierte en una biografía reflexiva y electiva, aunque no siempre es libre ni exitosa. Se trata de una *biografía de riesgo*: la fachada de la prosperidad o del bienestar enmascara a menudo un precipicio cercano, una elección equivocada de carrera, una desgracia privada, el quedarse en paro, la hipoteca que no se puede pagar, todo ello es considerado como mala suerte. La posibilidad de resbalar y venirse abajo está siempre al acecho de la mayoría de la gente. Esto explica la tendencia a aferrarse a algo, porque la seguridad y la estabilidad son siempre *hasta nuevo aviso*. La vida del individuo es compelida a la actividad, incluso al fracaso, un fracaso siempre asociado a la *autorresponsabilidad*. Vivir la propia vida entraña aceptar la responsabilidad de las desgracias personales, y así, los problemas sociales pueden convertirse en crisis anímicas, sentimiento de culpabilidad, ansiedad, depresión, etcétera. Los acontecimientos de la vida no se adscriben a causas ajenas, sino a causas propias. No se perciben en su dimensión social, sino como cuestiones meramente individuales (decisiones o indecisiones, logros o inseguridades, éxitos o derrotas, etcétera).

De manera que la individualización, más que libre elección, parece un destino. La opción de escapar no es posible. Solo cabe la autoafirmación del individuo: el que no tenga a quién culpar de sus preocupaciones o frustraciones, no significa que pueda defenderse por sí mismo o superar sus problemas. Si enferma, se presupone que no ha sido constante en el cuidado de su salud; si no consigue trabajo es que no ha sabido aprender las técnicas para realizar las entrevistas con éxito, porque le falta resolución o simplemente porque es un vago; no sabe ganarse amigos o influencias, o ha fracasado en la tarea de impresionar a otros. La gente quiere vivir libremente, según sus deseos, pero si fracasa será por su culpa, aunque no pueda controlar las circunstancias que han condicionado ese fracaso. Los riesgos y las contradicciones siguen estando socialmente producidos, pero se carga al individuo

la responsabilidad de afrontarlas y resolverlas. Ser individuo significa tener que buscar las causas de sus propias desgracias o derrotas en la propia indolencia o molicie, y no tener otro remedio que intentarlo una y otra vez.

3. Amor y matrimonio

La familia y las mujeres siempre han estado obligadas a la búsqueda del matrimonio tradicional, del matrimonio por contrato, del divorcio, del matrimonio sin papeles, la conciliación entre el trabajo y la familia, del amor indubitable, etcétera. Todo eso se ha puesto irreversiblemente en movimiento, en favor de una estabilidad poco menos que imposible. Pero lo que suele conseguirse es, por lo general, una inestabilidad conflictiva que, de algún modo, sustituye al viejo conflicto de clase. En la llamada sociedad del bienestar, donde la armonía y la seguridad parecían haber alcanzado un alto nivel, las contradicciones entre libertad, igualdad y familia, entre libertad, igualdad y amor, ya no se podían inscribir en la lucha cotidiana contra la pobreza o contra la opresión social (U. Beck y E. Beck-Gernsheim, 2003). Con el desvanecimiento de las identidades sociales tradicionales, fueron surgiendo en la privacidad las contradicciones entre hombres y mujeres. En los pequeños y grandes conflictos sobre quién ha de realizar las faenas caseras, por la sexualidad y el erotismo, por la diferencia de funciones de la vida cotidiana, la sociedad comenzaba a cambiar superficial y profundamente. El amor se tornaba huidizo, esquivo, precisamente porque en él se depositaban las esperanzas y se convertiría en lugar de culto de la sociedad posmoderna. Y se iba convirtiendo en potencial conflictivo y significativo, que a menudo estallaba en la inmediatez de las personas implicadas, cuyas pequeñas diferencias de carácter, incompatibilidades, errores u omisiones, podían transformarse en desencuentros, ajustes de cuentas o intentos de evasión. Ciertamente, también en el mundo exterior los individuos tienen problemas, pero no están condenados a quererse, a vivir en matrimonio y a tener hijos. En el hogar cualquier contradicción entre la pareja puede convertirse en un asunto corrosivo, susceptible de evolucionar hacia una mayor o menor confrontación. Paradójicamente, el amor idealizado como solución a todos los problemas, puede

transformarse en algo inhóspito: traición, deslealtad, fracaso, ansiedad, celos, confusión, etcétera.

El amor era como una fórmula que la pareja tenía para llenar, construir y reconstruir, destruir y volver a empezar, sabiendo que el guión de su película se componía de extractos de amor, de publicidad comercial, de cine, de pornografía, de literatura romántica, de libros de ayuda o de autoayuda. Caminando sobre una alfombra de normalidad y bienestar, los seres humanos se habían desprendido de la incertidumbre del *progreso* hacia la soledad de la autorresponsabilidad, de la autodeterminación de sus vidas, y hacia unos amores para los que no estaban preparados y equipados por las instituciones y que pronto, en la mayoría de los casos, comenzaban a precarizarse. La individualización significaba que los seres humanos eran *liberados* de los roles de género internalizados para el desarrollo de la familia nuclear, al tiempo que eran obligados a construirse una existencia propia a través de su inserción al mercado y en detrimento de las relaciones familiares, amorosas y vecinales. Las nuevas exigencias del libre mercado, al que se incorporaba un número creciente de mujeres, debían internalizarse en la propia persona y en su estilo de vida, entrando en contradicción con la estructura de la familia, con la división familiar del trabajo. Surgía una contradicción encubierta entre las exigencias del mercado laboral y las exigencias de las relaciones amorosas (familia, matrimonio, maternidad, paternidad). Y el modo ideal de vida acorde con el mercado de trabajo se centraba en una persona individualizada, siempre disponible laboralmente y socialmente móvil, sin tomar en consideración los vínculos y las condiciones de la propia existencia, convirtiéndose en meras fuerzas de trabajo, fungibles, flexibles y perfectamente adaptables a las necesidades de la empresa, del mercado.

Desde hace decenios el dios de la privacidad es el amor, pese a que a menudo genera confrontaciones en la pareja, conflictos entre las cuatro paredes del hogar e incluso la ruptura. El amor es placer, confianza, cariño, por lo menos como promesa. Pero también es aburrimiento, desilusión, rabia, rutina, soledad, miedo, desesperanza, etcétera. Y en las sociedades avanzadas aumentan los divorcios, incluso entre las parejas casadas en segundas nupcias. En consecuencia crece la jungla de las relaciones personales: matrimonios, parejas de

hecho, hijos, hijos extramatrimoniales, madres solteras, padres *adoptivos*, etcétera. Ya no está claro si hay que casarse o convivir sin casarse, si tener y criar un hijo dentro o fuera de la familia, con la persona con la que se convive o con la que se ama pero convive con otra. Y hay quien decide no tener hijos. Cada vez es mayor el porcentaje de personas que viven solas (solteras, divorciadas, viudas, etcétera). Pese a la diversidad de estatus en las formas, aún se mantienen los modelos del matrimonio y la familia, y los jóvenes, en su mayoría, siguen aspirando a tener una vida con vínculos amorosos.

Durante la modernidad la situación fue bien diferente: la división del trabajo y los roles de género estaban claramente establecidos y eran armónicos. A medida que las mujeres fueron liberándose de su estrecha dependencia con la familia, por su equiparación jurídica con los varones, por su acceso masivo a la enseñanza y al mercado laboral, sus biografías experimentaron un fuerte *impulso individualizador* acelerándose el paso de roles *adscritos* tradicionalmente a otros nuevos, *adquiridos*. Se fue abriendo un nuevo campo para la mujer, de nuevas oportunidades y de decisiones libres, aunque no sin incertidumbre, conflictos y frustraciones, y cargándose de nuevas responsabilidades. Pero continuaban las diferencias de los roles de género, y sin embargo, la mujer comenzaba a vivir su *propia vida*, sin dejar de vivir para la familia. Su situación ha cambiado mucho en los últimos decenios, asumiendo roles bien diferentes a los desarrollados por la madre, pero no tanto como se hubiera deseado. Trabaja fuera del hogar y ya gana dinero que puede administrarse ella misma, aumentando así su autonomía, la autoconfianza, la autoestima. Lo que viene a significar vivir más tiempo fuera del hogar, con nuevas relaciones sociales y más amplias experiencias. Adquiere mayor control en las prácticas amorosas, más acceso libre a la sexualidad, por la creciente extensión de la contracepción. Su inserción en el libre mercado productivo, que la emancipa relativamente de la familia, pero fragmenta su biografía y aumenta la conflictividad en el hogar tradicional.

La destradicionalización de la familia propició las contradicciones en los roles de género, estallando principalmente en el seno de la pareja, en la cocina, en la cama, en las habitaciones de los hijos, etcétera.

Con el tiempo, se suele entrar en una cierta guerra de sexos, apareciendo síntomas de los reiterados desencuentros en la pareja, con la huida a la soledad, la pérdida de seguridad que antes daba el otro, al que ya no se entiende; la lucha por algo de vida propia que se quiere ganar al otro, al tiempo que compartir con él; el descubrimiento de la represión en las cosas de la vida cotidiana y de la represión que uno mismo ejerce; la idolatría y los conflictos por los hijos; el divorcio emocional o real, etcétera. La cuestión crucial es que la igualdad de hombres y mujeres no puede lograrse en estructuras familiares aún tradicionales y que presuponen la desigualdad de roles. Si se intenta la plena igualdad, la relación de la pareja puede convertirse en un campo de batalla. Y es que al proceso individualizador de la mujer se oponen las circunstancias que pretenden volver a la asignación de roles tradicionales. En situación de crisis y de paro generalizado, que afecta más a las mujeres, muchas de éstas difícilmente pueden asegurarse una vida independiente mediante un empleo, debiendo ampararse bajo la protección económica de los hombres. Lo que puede justificarse vinculando el deseo de la mujer de la maternidad, resucitando el eterno *instinto maternal*.

Consecuentemente, un buen número de mujeres parecen estar escindidas por la contradicción entre la liberación y la revinculación a las viejas asignaciones de rol. Huyen del trabajo doméstico al trabajo desarrollado fuera del hogar, e intentan, en diferentes épocas de sus biografías, conciliar de alguna manera las condiciones contrapuestas de sus vidas. El derecho y la realidad del divorcio, las dudas, las puertas cerradas del mercado laboral y la carga del trabajo doméstico que pesa sobre las mujeres, son algunas de las contradicciones que el proceso individualizador ha introducido en el contexto de la vida femenina. La situación es muy diferente entre los varones, en quienes el proceso individualizador reafirma su rol preponderante en la vida económica, su independencia y su vieja identidad tradicional. Los elementos que siguen vinculando a las mujeres con el rol doméstico tradicionalmente arraigado, no se suelen dar en los varones.

En tiempos de posmodernidad los seres humanos han de elegir entre múltiples posibilidades y opciones. Las viejas predeterminaciones se transforman en decisiones casi siempre inalcanzables, aunque concienciadoras de las

desigualdades que surgen y de las dificultades que conllevan. Lo que se plantea a menudo con la movilidad social que el libre mercado exige, al tiempo que el matrimonio y la familia exige justamente lo contrario. El modelo que trata de imponer el mercado, llevando hasta sus últimas consecuencias, supondría una sociedad sin matrimonio y sin familia. El individuo ideal para el mercado es, en última instancia, el soltero, no *entorpecido* por las relaciones amorosas, matrimoniales o familiares. Sería una sociedad *sin niños*, y de hecho la natalidad está descendiendo en todas las sociedades más desarrolladas. Esta contradicción entre las exigencias de la familia y las del libre mercado no se planteaba antes, cuando estaba establecido que la mujer casada no debía trabajar fuera del hogar, cuando sus diferencias de roles de género eran bien claras con respecto a los roles del marido. Pero surge cuando los dos miembros de la pareja deben y quieren ser libres para asegurarse la existencia trabajando para el mercado. Tanto hombre como mujer han de encontrar *soluciones privadas* con un reparto intenso del riesgo. Entonces el matrimonio, la familia, se convierte en el ámbito donde se introducen las contradicciones de la sociedad del mercado, que se traducen en conflictos hogareños: el reparto de las faenas domésticas, la forma y frecuencia de la sexualidad, el manejo de los contraceptivos, la decisión de tener o no tener hijos. Y precisamente la falta de igualdad entre los géneros que aún existe, hace resaltar aún más las desigualdades persistentes en una sociedad que pretendía la igualdad entre hombres y mujeres. Ciertamente, cada vez hay más mujeres que quieren trabajar productivamente, pero la participación de los hombres en las tareas domésticas sigue siendo escasa y esporádica. El igualitarismo que defienden muchos hombres a menudo no pasa de ser mera retórica.

En tiempos más recientes la cuestión del matrimonio, la familia y el trabajo está lastrada por las menores disponibilidades y opciones laborales para las mujeres. El mundo globalizado ha apostado principalmente por el trabajo masculino, que posibilita un mayor compromiso con la empresa y menores condicionamientos familiares del trabajador. Las medias jornadas laborales parecen pensadas para las mujeres, que tienen vinculaciones familiares más fuertes que los hombres. Por lo

general ellas, en las que el paro es también más frecuente, inevitablemente se sienten defraudadas, más frustradas en sus expectativas previas.

4. El problema de los hijos

Hubo épocas en que los hijos eran productivos (en granjas familiares, talleres-hogares, recolecciones agrícolas, etcétera). La división del trabajo y la distribución de roles familiares se superponían, el niño debía unirse al *oikos* familiar, hacían su aportación a la función del trabajo del taller o de la granja. Entonces la riqueza era el resultado del trabajo y, en consecuencia, la llegada de un hijo traía la esperanza de mejorar la economía familiar. Quizás los niños fueran tratados con dureza y severidad, pero el resto de los trabajadores recibían el mismo trato. No se esperaba que el trabajo produjera satisfacción, pero trabajando los hijos eran, a los ojos de todos, bienvenidos. Y cuantos más, mejor, porque en otros tiempos la mortalidad infantil era elevada.

Al cabo del tiempo y con la creciente fragilidad de la estructura de la familia, los hijos vivían más, morían menos y ya no aumentaban el patrimonio familiar, sino todo lo contrario. Vienen sobre todo para satisfacer una necesidad de los padres, un deseo de tenerlos en tanto que consumidores. Son deseados por el placer de la paternidad-maternidad, produciendo una alegría que ningún otro objeto puede ofrecer. Aunque en el terreno monetario, los hijos cuestan más que cualquier automóvil de lujo, que un crucero alrededor del mundo, etcétera. Y lo que es peor, el costo total se prolonga a lo largo de los años; su alcance no puede ser fijado de antemano ni estimado con el menor grado de certeza. Con un padre que ya no es capaz de abrir caminos profesionales estables o fijos, con gente que salta de un proyecto a otro y que se gana la vida a medida que va cambiando, firma hipotecas en cuentas de valor desconocido, todo eso implica exponerse a un riesgo elevado y a una prolífica fuente de miedos y ansiedades. Uno tiende a pensarlo dos veces antes de tener un hijo.

Dentro de la familia, también cambia la relación con el hijo. Este puede convertirse en un obstáculo en el proceso de individualización de la madre. Mantener un niño cuesta trabajo y dinero, porque este es veleidoso y obliga a la planificación de una vida en crecimiento y siempre cambiante. Con

su aparición en el hogar, el hijo desarrolla una *dictadura de las necesidades*, pues con sus gritos y el brillo de su sonrisa impone a los padres su propio ritmo vital. Es eso lo que le vuelve irresistible, pues se constituye en la única relación primaria y no intercambiable en el hogar. El hijo cobra un carácter de monopolio para una vida duradera en años, convirtiéndose en la víctima contra la soledad a la que los padres se agarran frente a unas posibilidades de amor que se les escapan, y de las que él se aprovecha imponiendo el imperativo de sus necesidades y deseos. Porque representa el posible reencuentro de una pareja desilusionada. Y sin embargo no es cierto que en el fondo los hijos unan, pues a menudo desunen, aunque no en apariencia. Con todas estas complejidades, no es extraño que el número de nacimientos disminuya incesantemente, pues a menudo la importancia que se les da agota las energías de unos padres más o menos exhaustos. En consecuencia, la crianza del niño se lleva como un conflicto privado, personal, que a veces precisa de una ayuda psicológica que reconduzca el sufrimiento que produce en los padres. En contrapartida a veces produce una alegría placentera aunque no muy duradera. *Amor en familia* es como arrojarse de cabeza a unas aguas inexploradas de profundidad desconocida. A menudo significa posponer o renunciar a otros placeres consumibles, de un atractivo aún no experimentado. Al criar a un hijo, especialmente la madre ha de ponerse en función de otro ser, frágil y sumamente dependiente, por lo que con frecuencia debe *olvidarse*, al menos temporalmente, de sus aspiraciones personales, sacrificando en parte su carrera profesional y corriendo el riesgo de generar *lealtades divididas*. Hay que aceptar esa dependencia de las *lealtades divididas* por un tiempo indefinido, aunque con un final abierto y en contra de la actual política de la vida social, que le demanda una entrega casi total al mercado laboral. El compromiso de la maternidad puede ser también una *experiencia dramática* (depresión postparto, crisis matrimonial, ansiedad, dudas, inseguridades, ambivalencias, etcétera), pero la crianza, en tanto que deseada, suele ser una experiencia gozosa. No siempre une a la pareja, sino que frecuentemente produce distanciamiento, genera celos e incluso rivalidades.

La alegría de la paternidad-maternidad viene en el mismo paquete que los sinsabores de las renunciaciones

y de los temores a eventualidades desconocidas. Cuando predomina el deseo del hijo, no hay un cálculo frío de pérdidas y ganancias, sino más bien ciega aceptación de lo que ha llegado, con todas sus consecuencias. De entrada el niño, aun cuando no despierta demasiadas ilusiones, es normalmente deseado y considerado como un fruto del amor. Más tarde pueden surgir problemas y desacuerdos entre los padres, que se sienten excesivamente responsables o poco responsables. Quizás lo más duro para ellos sea cuando se percatan de que no pueden ser modelo de identificación para el hijo, que, a medida que va creciendo, va viviendo una vida un tanto ajena a la familia y sometido a otras influencias del mundo exterior, que le van condicionando cada vez más. Suele ser patético cuando los padres pretenden ser amigos o compañeros de juegos de los niños, lo que tampoco les vale de mucho.

¿Estamos viviendo en una sociedad hostil para los niños, como dicen algunos autores? De hecho cada vez nacen menos niños que, paradójicamente, parecen precisar más cuidados que nunca. El cuidarlos y protegerlos en exceso, el vigilarlos de un modo constante, el abrumarlos con regalos como compensación por una falta supuestamente cometida aunque no conocida, como si fueran culpables de algo que no saben qué es. Los niños parecen crecer entre algodones, pero cuando llegan a la adolescencia se encuentran desorientados ante un mundo competitivo y hostil. Los padres se sienten inevitablemente responsables de su futuro, que muy a menudo les lleva a pensar en la rentabilidad del coste invertido en su crianza y educación. El hijo resulta caro, cada vez más, y sin embargo los padres se percatan de que no pueden asegurarle un futuro mínimamente estable, que casi no pueden hacer nada por él: la preocupación aumenta con el crecimiento del adolescente, que ha de desenvolver su vida fuera del entorno familiar y en un mundo lleno de *peligros*. Por eso la decisión de tener más hijos se hace difícil, problemática. Como lo es también, en el polo contrario, la infertilidad que puede convertir el deseo de un niño en una verdadera obsesión.

Según afirmara el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (2005), el número de jóvenes que padecían depresión se había duplicado con respecto a los doce años anteriores, toda vez que cientos de miles de personas jóvenes se encontraban excluidos de niveles crecientes de educación y prosperidad. Los

autores de las encuestas sugerían que el incremento se hallaba ligado al hecho de que los más jóvenes habían crecido con una mayor experiencia de desempleo. La depresión era una condición mental desagradable, negativa e incapacitante, pero no se trataba del único síntoma de malestar que atormentaba a la nueva generación nacida en el mundo de una *sociedad líquida* y feliz. Se podía hablar de enfermedades y *aflicciones* de la modernidad líquida. Esa generación tenía razones nuevas para sentirse enojada, perturbada y con frecuencia ofendida. Uno de los diagnósticos más al uso era el desempleo y, en particular, el precario panorama laboral para los que finalizaban sus estudios y trataban de incorporarse al mercado, que únicamente estaba interesado en incrementar los beneficios mediante el recorte de los costos laborales.

Una de las recomendaciones que más se hacen a los jóvenes, a la hora de poder trabajar, es que sean flexibles y no especialmente quisquillosos, que no esperen demasiado de sus empleos, que acepten los trabajos tal como vienen, y que se los tomen como una oportunidad que hay que *disfrutar*, y no tanto como un capítulo introductorio de su proyecto vital o una garantía de seguridad a largo plazo. *Desempleo* es un nombre para una condición manifiestamente temporal y *anormal*, tal si fuera una enfermedad ostensiblemente pasajera y curable, sin que nadie supiera cuándo. La noción hereda su carga semántica de la autoconciencia de una sociedad que se articulaba en torno a otorgar a sus miembros el papel de productores, y que creía en el pleno empleo como un destino último; una sociedad que veía en el empleo la clave para la resolución simultánea de los avatares de una identidad personal socialmente aceptable, una posición segura, la apariencia individual y activa, el orden social y la reproducción sistémica. Sin trabajo y con pocas esperanzas de conseguirlo, las vidas se hacen superfluas, y si los individuos no son consumidores, quedarán excluidos del sistema social.

En oposición a la situación de desempleo, emerge la condición de la *superfluidad*, que no implica indicio de anormalidad, anomalía, episodios de mala salud, etcétera. Por el contrario, insinúa permanencia y alude a lo ordinario de la condición. Surge una nueva forma de normalidad actual, la forma de las cosas destinadas a permanecer como

están. Ser superfluo significa ser supernumerario, innecesario, carente de valor, que los otros no te necesitan, que pueden arreglárselas sin ti, que te declaren superfluo significa haber sido desechado por ser desechable, como una botella de plástico vacía. *Superfluidad* comparte el espacio semántico con *personas o cosas rechazadas*, residuo humano, desperdicio. El destino de los desempleados, del ejército de reserva de trabajo era en la modernidad el de ser reclamado de nuevo para el servicio activo. El destino de los *residuos* es el basurero, el vertedero. De manera rutinaria, de la gente calificada de *superflua*, se dice que ha de ser *provista*, alimentada, calzada y cobijada. No sobreviviría por sí misma, carece de medios de subsistencia y precisa prestaciones legales o promovidas por el Estado, y particulares. Otra dimensión del problema es que en la sociedad actual no hay un departamento reservado para los humanos residuales. La acusación de *superfluidad* puede indicar *carencia de hogar social* con la consiguiente pérdida de autoestima y de metas vitales. Esta gente, mal acogida, tolerada a lo sumo, tratada en el mejor de los casos cual objeto de benevolencia, caridad y piedad puede ser acusada de indolencia y sospechosa de intenciones nocivas y tendencias criminales. Se encuentra despojada de su dignidad, condenada a no encontrar un sitio propio en la sociedad.

Los padres miran con creciente preocupación el futuro de sus hijos, pese a haberlos educado y preparado lo mejor posible. Se han sacrificado por ellos, pero no han logrado facilitarles un porvenir menos incierto. Eso acentúa su responsabilidad y el reconocimiento de su impotencia para garantizar a sus hijos una vida más segura. Eso puede explicar el naciente *rechazo de la infancia* (la presentación de la infancia en el discurso público como un problema, y de los jóvenes como seres peligrosos, inconscientes, socialmente irrecuperables y enormemente inmaduros), por la necesidad que tienen los adultos de aliviar sus responsabilidades. Según Henry A. Giroux (2003) el pretendido desencanto con la infancia es atribuible a «los problemas que tienen las personas adultas con la lógica de un sistema dominado por un mercado que, en realidad, ensalza la libertad humana sólo en apariencia, al tiempo que socava los vínculos con la vida y las obligaciones sociales». En consecuencia, las relaciones padre-madre se están convirtiendo en la principal fuente de

ambivalencia y ansiedad. Los niños siempre habían sido considerados como un bien de la familia, y ahora tienden a ser de algún modo rechazados por la ansiedad que produce a los padres la inseguridad de su futuro, aunque compensados con múltiples regalos y gratificaciones, mientras sigan permaneciendo en la infancia.



Enrique González Duro
[@] enriquegduro@gmail.com

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas*. Barcelona: Paidós.
- BECK, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- BECK, U., BECK-GERNSHEIN, E. (2003). *Individualización*. Barcelona: Paidós.
- BÉJAR, H. (1996). *La cultura del yo*. Madrid: Alianza Editorial.
- GIDDENS, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.
- GIROUX, H. A. (2003). *The Abandoned Generation*. Nueva York: Palgrave.
- WINNICOTT, R. D. (1978). *Juego e identidad*. Buenos Aires: Gránica.